

Eric Hobsbawm: historia social e historia militante

Pablo A. Pozzi*

Resumen: Este artículo es un sintético y crítico recorrido por la historiografía del gran historiador inglés Hobsbawm. Su hipótesis central es que Hobsbawm se nutrió de una relación entre historia y sociedad para gestar una visión particular que articulaba la seriedad académica con la militancia política. Asimismo, logró hacer aportes historiográficos, políticos e inclusive al marxismo teórico. Por fin, la caída de la URSS marcó fuertemente la labor historiográfica de Hobsbawm.

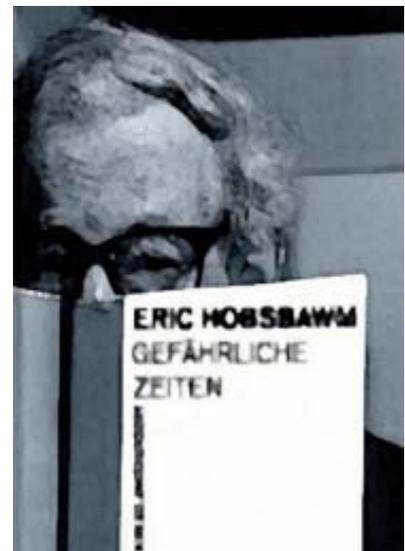
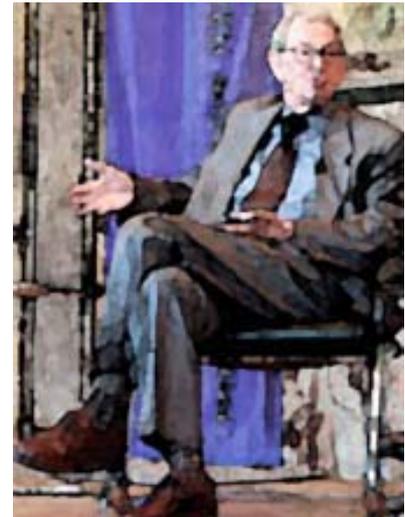
Palabras claves: Marxismo inglés/ historiografía/Hobsbawm

Abstract: This piece is a brief and critical historiographical discussion of the contribution of the great English historian Eric Hobsbawm. Its main thesis is that Hobsbawm built his history on a particular relationship between history and society to develop a peculiar vision that articulated academic soundness with political advocacy. At the same time, he succeeded in making significant contributions to historical studies, politics, and even theoretical Marxism. In the end the fall of the USSR became a watershed that strongly influenced Hobsbawm's historical works.

Keywords: English Marxism/ historiography/ Hobsbawm

Cuando ingresé por primera vez a la universidad para estudiar historia, allá por el año 1971, la Argentina se estremecía en los comienzos de un auge revolucionario, el Che hacía poco que había sido asesinado en Bolivia, y los Tupamaros uruguayos nos entusiasmaban con su accionar tipo "Robin Hood". En ese momento uno de mis profesores de historia me obligó (literalmente) a leer un libro con un título que me parecía francamente aburrido: *Rebeldes Primitivos*¹. Encima estaba escrito por un tipo de nombre impronunciable que, por ser inglés, indudablemente debía ser un imperialista agente de la penetración extranjera: Eric Hobsbawm. Como dirían mis alumnos el día de hoy, "me voló la cabeza". Resultaba que el inglés no sólo no era un agente imperialista sino que su historia era buena, relevante y, sobre todo, servía para comenzar a investigar y explicar la revolución latinoamericana que nos apasionaba y movilizaba. Poco tiempo más tarde leíamos fascinados *La Era de la revolución*². Para nosotros esta obra era algo así como *El Capital* de Marx llevado a los estudios históricos y que, además, se podía entender.

Este gran historiador y comunista fue uno de los que me hizo entrar en crisis con una práctica por la cual la militancia iba por un carril y lo intelectual por otro. Así, la historia social de historiadores como Hobsbawm y E. P. Thompson captó a gran parte de mi generación, sobre todo a los que considerábamos los más inteligentes y más comprometidos. Los otros se dividían entre una derecha positivista y rankeana y un reducidísimo grupo de admiradores de *Annales* que se dedicaban a cosas, para nosotros, irrelevantes e inútiles como "la vida cotidiana" o "las mentalidades".

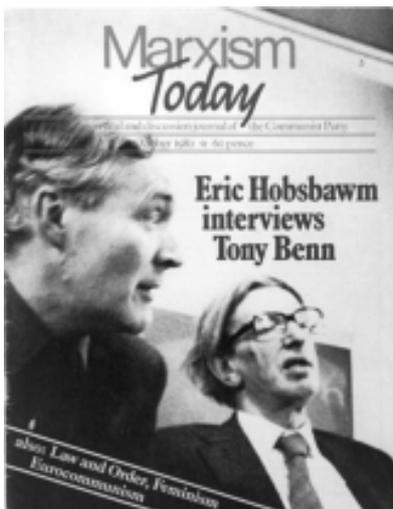


* Profesor Titular, Departamento de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Argentina. Email: ppozzi@arnet.com.ar

1 Eric Hobsbawm. *Rebeldes primitivos*. Barcelona: Ariel Quincenal, 1968.

2 Eric Hobsbawm. *La era de la revolución*. Buenos Aires: Editorial Crítica, 1999 (primera edición 1962).

Artigos



Para nosotros la historia social, marxista y militante, era una forma de poner nuestra profesión al servicio de la liberación nacional y social aportando a comprender las profundas razones históricas de la dominación y la explotación en América latina. Queríamos disputar, al decir de los revolucionarios vietnamitas, “el corazón y la mente” de la gente y “ganar la calle”. Leíamos ávidamente, entre tantos otros, a Trotsky, a Rosa Luxemburgo, a Lukács. Entre los historiadores admirábamos a Pierre Vilar, a Sergio Bagú, a Pierre Broué, y sobre todo a los marxistas ingleses como Maurice Dobb y su modelo de historiador comprometido y militante. Entre éstos últimos Hobsbawm era una referencia ineludible. Éste tenía la importancia de que no sólo era un gran historiador, sino que era marxista y que, además, el individuo común podía entender y deleitarse con sus aportes. Pero además era un conspicuo militante comunista. Esto último nos generaba algunas contradicciones: al fin y al cabo la mayoría de nosotros éramos antistalinistas y cuestionábamos al PC argentino, pero rescatábamos el compromiso militante del historiador. Muchos de nosotros nos volcamos de la militancia en historia a la militancia revolucionaria, y muchos de mis compañeros y amigos hoy en día no están más, habiendo pagado con su vida haber sido consecuentes con sus ideales.

En Hobsbawm, y en otros historiadores, veíamos claramente una fusión de teoría y praxis por la cual la labor del historiador era lo que deseábamos: útil a la sociedad, a los explotados, a la clase obrera. Para ser un buen militante había que desarrollar el intelecto, o sea ser un buen estudiante. Y para ser un buen intelectual había que cotejar las ideas, cotidianamente, con una práctica política y social. Era un modelo distinto de intelectual al que predicaban tanto nuestros profesores como aquellos intelectuales vinculados al Partido Comunista: marxista, militante, creativo, no dogmático, con una formación cultural envidiable, y profundamente serio y científico en lo que hacía. En síntesis, era el mejor ejemplo de lo que un intelectual marxista debía ser. Es más, ni siquiera lo podían acusar de no tener “excelencia académica” como dirían el día de hoy. Así, muchos nos forjamos humana y profesionalmente, aunque fuera tímidamente, con este modelo del intelectual militante. No quiero decir que en lo personal lograra cumplir cabalmente con esta aspiración pero siempre fue un objetivo y una especie de *benchmarking* (para usar la moderna terminología tan cara a los explotadores actuales de la clase obrera).

Para que quede más claro lo que quiero decir voy a relatarles dos anécdotas. El primero de hace ya muchos años, cuando varios activistas y antiguos integrantes de la comisión interna de la fábrica Propulsora Siderúrgica me invitaron a discutir con ellos la historia de la clase obrera argentina. Propulsora fue una de las grandes fábricas metalúrgicas con una gran tradición militante, cuya conducción la detentaban militantes marxistas revolucionarios. Llegué a la reunión preparado para dictar cátedra, al fin y al cabo yo era el que sabía. Pero una vez allí me encontré a estos militantes obreros enfrascados en una discusión sobre los estudios de Hobsbawm en *Trabajadores. Estudios de la clase obrera*.³ La discusión era rica y veloz. Estaban fascinados con la figura de Thomas Paine; la discusión sobre la aristocracia obrera inglesa les parecía de actualidad para la Argentina; y las tradiciones de los obreros ingleses les sugerían una inmensa cantidad de cosas sobre sí mismos y sobre cómo activar en la fábrica. No me voy a olvidar jamás cuando uno me dijo que la suya también era “una *sombría fábrica infernal* como dice el inglés este”. Lo que para mí era una obra académica, para ellos era algo que interpelaba su vida, que disparaba su imaginación, y sobre todo que era “para ellos”.

Años más tarde, en el 2004, el Centro de Estudios de Investigaciones Políticas (CEIP) “León Trotsky” –uno de los principales centros de investigación de la izquierda argentina– decidió recopilar los textos de Trotsky

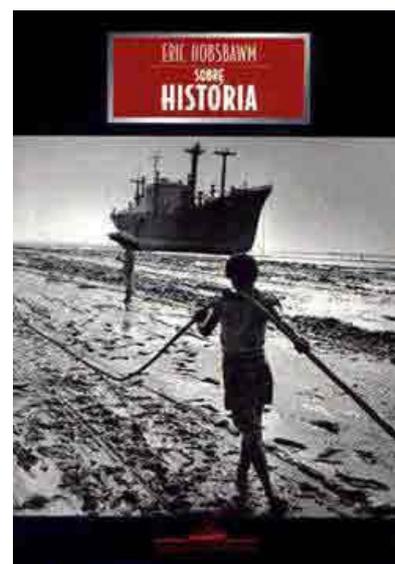
³ Eric Hobsbawm. *Trabajadores. Estudios sobre la clase obrera*. Barcelona: Editorial Crítica, 1979.

sobre la Segunda Guerra Mundial. La encargada de hacer el ensayo interpretativo introductorio se había basado en la *Historia del Siglo XX* de Hobsbawm. Una vez más me habían invitado a participar, como historiador no trotskista, de la discusión de este ensayo. A poco de empezar, como buenos trotskistas, se habían ensartado en una discusión más política que histórica, donde varios de ellos criticaban a EJM por “reformista” y “stalinista”. De repente una historiadora del CEIP, una trotskista conocida, indignada por lo que decían sus compañeros puso fin a la discusión diciendo: “¡Che, pero es Hobsbawm!”. Estaba muy claro que, aun en este ámbito, Hobsbawm trascendía las rencillas y los dogmatismos de la izquierda. Una vez más me pareció ilustrativo del significado profundo de la obra de este historiador militante

En ambos casos lo que me quedaba en claro era que se podía ser un historiador comprometido y serio al mismo tiempo. Ser de izquierda y estar con los trabajadores no era tener un discurso “marxista”, sino que era una práctica intelectual que se dirigía hacia el común de la gente, que interpelaba la vida cotidiana de los trabajadores. Esto fue lo que sentí cuando, de joven, leía los libros de Eric Hobsbawm. Aquí había otra forma de hacer historia; de hacer *buena* historia. Por que no se trata sólo de hacer populismo y hablar en fácil, sino más bien de expresar cuestiones complejas en una forma que un obrero educado pueda leer, sentirse reflejado, aprender de las experiencias y que le sirva para repensar su propia realidad. Esto implica que hay que saber mucha historia, que hay que manejar teoría, que hay que conocer métodos, para después hacerlos accesibles y traducirlos en un estudio comprensible a cualquiera. La historia que hace Hobsbawm es eso. Un trabajo logrado que combina lo mejor de los estudios históricos con la experiencia y las inquietudes de un conjunto social determinado, ya sea que se trate de las tradiciones artesanales del siglo XVIII, del imperialismo o de la guerra de Vietnam.

A partir de lo anterior me gustaría plantear mi propia visión de la obra de Hobsbawm en varios niveles distintos. Primero de todo quiero retomar un aspecto casi olvidado por la academia el día de hoy: el tema del lector y del lenguaje. Muchos colegas (yo también) tendemos a escribir e investigar para la profesión y no para la sociedad en general. Cuando imaginamos un lector de nuestros trabajos, en general pensamos en otros historiadores, en reuniones académicas y en nuestros estudiantes. El resultado tiende a ser una prosa árida, y muchas veces oscura que hace referencia a las discusiones profesionales, o a debates teóricos que rara vez logran trascender al conjunto social. Al decir de Hobsbawm: “La tendencia, durante mi vida, ha sido que la actividad intelectual ha estado cada vez más concentrada en las universidades y se ha tornado cada vez más esotérica, de manera que consiste en profesores que le hablan a otros profesores mientras son apenas escuchados por estudiantes que tienen que reproducir sus ideas u otras similares para poder aprobar exámenes establecidos por los profesores”.⁴

Esto, que muchas veces es tomado por seriedad y excelencia académica, no siempre fue así. Para citar una obra proveniente de una tradición no sólo distinta sino opuesta a la marxista, yo recuerdo haber leído *El Mediterráneo en época de Felipe II*, de Fernand Braudel, y pensar que efectivamente era fascinante estudiar el precio del trigo en Dalmacia; hasta que me acordé que eso a mí no me interesaba en lo más mínimo. En *Captain Swing*, Hobsbawm señala que la obra de los Hammonds era ahora superada por la propia, escrita con George Rudé, en todo aspecto excepto en uno: “ellos continuarán siendo leídos con placer cuando nosotros sólo seamos consultados para proveer notas al pie”.⁵ El cumplido no es poco, sobre todo cuando nos damos cuenta que *Captain Swing* también puede ser leído con placer.



4 Pat Thane and Elizabeth Lunbeck, “Interview with Eric Hobsbawm”. MARHO. *Visions of History*. New York: Pantheon Books, 1976; p. 31.

5 Eric Hobsbawm and George Rudé. *Captain Swing*. New York: Pantheon Books, 1968, p. 14.

Artigos

Lo anterior debería llamarnos a la reflexión. Toda la obra de Hobsbawm se destaca en su manejo del lenguaje y su accesibilidad para expresar ideas y conceptos sumamente complejos. Su historia es apasionada, vibrante y emocionante. O para decirlo de otra forma: no te deja indiferente. Lo que se oculta bajo un lenguaje claro y casi poético, es un manejo teórico, un conocimiento de la historia y un bagaje cultural envidiable. Y también lo que se oculta es que el papel del historiador fue, durante muchísimos años, disputar el corazón y la mente de la sociedad. Como ejemplo valga una frase. Escribió Hobsbawm para explicar el desarrollo del capitalismo en el siglo XVII: “Existirá entonces para todas las formas de empresa capitalista, una marcada tendencia a ajustarse a vivir entre lo que Marx llamó los poros de la sociedad pre capitalista. El capital no creará entonces un modo de producción capitalista, y ciertamente tampoco producirá una revolución industrial, aunque contribuya sin duda a desintegrar los modos de producción pre capitalistas.”⁶ El concepto queda clarísimo en un lenguaje llano y accesible. Pero, al mismo tiempo, encierra un manejo de la teoría marxista y de la historia para nada desdeñable.

Lo anterior implica que esta historia parte desde una perspectiva distinta a la que está de moda en la academia actual y que se conecta directamente con los sentimientos y las visiones de sectores muy amplios de la sociedad. Un ejemplo puntual de esto lo encontramos en *Ecos de la Marsellesa*. Allí Hobsbawm discute con aquellos colegas que cuestionan la existencia de fenómenos como la revolución industrial y la revolución francesa puesto que “ninguna gran reconstrucción social, que permanentemente beneficie ninguna clase de la comunidad, sucede a causa de una revolución”. Su respuesta es lapidaria: “Después de todo, como dijo el gran crítico literario danés, Georg Brandes, a propósito del apasionado ataque de Hippolyte Taine a la Revolución en sus *Orígenes de Francia Contemporánea*, ¿cuál es el punto de predicar un sermón contra un terremoto?”⁷ Pensemos que no está intentando descartar los avances en los estudios históricos, sino más bien de tomarlos en cuenta sin descartar el contexto y la percepción de la época. Asimismo, pensemos en cómo, con una corta y clarísima frase, logra sintetizar un argumento y expresar un bagaje cultural envidiable.

Esto lleva a mi segunda reflexión que es sobre el aporte teórico de Hobsbawm. El historiador inglés ha sido, en general, considerado por sus aportes a los estudios históricos, sin embargo su contribución al materialismo histórico no es para nada menor. Lo que subyace a la obra de Hobsbawm es una visión por la cual el marxismo es una filosofía abierta, en permanente construcción. Esto lo aleja tanto de los dogmas de la izquierda tradicional como de la caricaturización que la derecha posmoderna ha hecho del marxismo. Creo que Hobsbawm compartiría la expresión de ese otro gran historiador marxista inglés E. P. Thompson cuando señaló que: «Lo importante aquí está en que Marx está de nuestro lado, y no nosotros del lado de Marx. Su voz tiene una fuerza que jamás podrá ser silenciada, pero nunca ha sido la única voz, y su discurso no tiene un alcance ilimitado.»⁸ En este sentido, el buen historiador marxista abreva en el conjunto del desarrollo del conocimiento humano, sin limitarse por los dogmas ideológicos, en un diálogo permanente con los contrarios y con la sociedad en general. Más aun, si combinamos esta percepción con lo que señalamos más arriba en torno al lector, veremos que para historiadores como Hobsbawm existe una riquísima interacción entre teoría marxista, historia y sociedad. Como señaló Hobsbawm hace ya casi treinta años: “Idealmente los marxistas no deberían aislarse a menos que los obliguen, y tendrían que tratar de irrumpir en el universo común de discurso [...] Si existe un público que espera que se le hable en la jerga marxista [...] esto incentiva a escribir acriticamente y en jerigonza. Uno puede hacer cualquier cosa si escribe sólo para un público cautivo que espera que le digas la verdad [...] Es mucho mejor exponerse a

6 Eric Hobsbawm. *En torno a los orígenes de la revolución industrial*. México: Siglo XXI, 1971. p. 78

7 Eric Hobsbawm. *Echoes of the Marsellaise*. London: Verso Books, 1990; pp. XIII, XV.

8 E.P. Thompson. *Miseria de la teoría*. Barcelona: Crítica, 1981; p. 294.

la crítica de los contrarios”.⁹ Esto significa que el marxismo de Hobsbawm disputa fuertemente ese “universo común de discurso” y para lograr esto ha debido combinar un profundo manejo teórico, con relevancia en sus planteos, con una accesibilidad de lenguaje.

En mi desarrollo personal como historiador social esto ha sido fundamental. Así recuerdo el impacto que recibí al leer su “Introducción” a las *Formaciones Económicas Precapitalistas* de Marx.¹⁰ Allí Hobsbawm señalaba que “no hay nada en Marx que nos autorice a buscar cierta ‘ley general’ de desarrollo que pueda explicar su tendencia a evolucionar hacia el capitalismo”. Así, define los distintos modos de producción como “etapas analíticas... no cronológicas” y no como “estadios históricos sucesivos”. De hecho, al considerar que estas etapas pueden coexistir lo que emerge, como teoría de la historia, es que existieron varios caminos alternativos de desarrollo histórico por lo que una de nuestras tareas era explicar por qué sólo uno había prosperado. Esto se alejaba muchísimo de la visión derivada del *Manifiesto Comunista* por la cual la historia era un progreso ininterrumpido, lineal y predeterminado hacia el socialismo para ubicarla firmemente, una vez más, en el terreno de la acción humana. En esto no sólo se diferenciaba del neopositivismo de aquellos historiadores influenciados por el stalinismo, sino también de los seguidores antimarxistas de Braudel y la “larga duración”.

Esta flexibilidad, o “plasticidad” en la visión histórica queda aun más clara si retomamos algunos de los conceptos esbozados en *Captain Swing*. Allí la sociedad rural contiene conflictos y contradicciones, alejándose de la visión idealizada de una comunidad solidaria, cohesionada y casi impermeable al mundo exterior. Así, la explicación del gran levantamiento agrario inglés de 1830 combina la condición objetiva de las aldeas inglesas con los efectos de la agitación política a nivel nacional y con lo que define como “el doble estímulo de las revoluciones francesa y belga”. Lo que emerge es una complejidad en la teoría histórica que retoma la multicausalidad de Marx para responder la vieja pregunta de ¿cuándo y por qué se rebelan los seres humanos? En esta multicausalidad, Hobsbawm plantea una temática que estaba siendo desarrollada por los historiadores marxistas ingleses: el de las tradiciones y las costumbres que, siendo en apariencia conservadoras, pueden en ciertos momentos históricos convertirse en la base de agitación social. Esto es lo que le permite revalorar movimientos generalmente considerados como primitivos, tal como hizo en *Rebeldes Primitivos* y en *Bandidos*.

Todo lo anterior debería ser más que suficiente para comprender por qué Hobsbawm no ha sido traducido al ruso en época de la Unión Soviética y también por qué su influencia ha perdurado durante décadas. Pero ambos aspectos, antidogmatismo y renovación teórica, sólo pueden ser comprendidos plenamente si entendemos que la historia de Hobsbawm es una historia militante y comunista. Si bien ésta no es la moda actual – dado el rechazo hegemónico a toda actividad que abone a la revolución socialista– es imposible valorar la obra y el impacto de Hobsbawm y los historiadores marxistas ingleses sin tomarlo en cuenta. Su papel como historiadores e intelectuales, su pasión, su articulación con la sociedad en general, la relevancia de sus temas, su trascendencia, y su visión particular del marxismo sólo pueden ser explicados si comprendemos que veían su labor como un aporte concreto a la revolución socialista mundial. Esto debería quedar claro si consideramos una de las obras señeras de la historia social: *Rebeldes Primitivos*. En particular este estudio de Hobsbawm tuvo un singular impacto en los estudios de historia social del Tercer Mundo y, sobre todo, de América Latina, puesto que revalorizó lo que hasta ese entonces se había considerado simplemente como elementos atávicos precapitalistas. Cuando el historiador inglés explicó la génesis de esta obra

9 Thane y Lunbeck, *op. cit.*, 40.

10 Karl Marx y Eric Hobsbawm. *Formaciones económicas precapitalistas*. Buenos Aires: Cuadernos de Pasado y Presente 20, 1971. “Introducción”, pp. 5 a 47.

expresó: “*Rebeldes Primitivos* surgió del Vigésimo Congreso [del Partido Comunista de la URSS] en el '56 y la destalinización. Queda claro que en la época en que escribí *Rebeldes Primitivos* estaba tratando de repensar las bases de la actividad revolucionaria, en vez de aceptar acríticamente lo que muchos militantes comunistas habían aceptado en el pasado. Uno puede leer *Rebeldes Primitivos* como un intento por ver si teníamos razón en creer en un partido fuertemente organizado. La respuesta es sí. ¿Teníamos razón en creer que había un solo camino, una vía que llevaba hacia delante y todo lo otro podía ser dejado de lado? La respuesta es no. Había todo tipo de otras cosas que estaban ocurriendo y que nosotros deberíamos haber notado. Estos son los temas de los cuales surgió *Rebeldes Primitivos*”.¹¹ Que esta obra tuvo un impacto muchísimo mayor lo revela el hecho que varios de los movimientos revolucionarios latinoamericanos de las décadas de 1960 y 1970 se basaron en *Rebeldes Primitivos* para rescatar tanto las tradiciones de lucha campesina en sus respectivos países como para ampliar los sectores sociales que consideraron como sujetos de la revolución. En esto puedo dar un ejemplo puntual de mi propia experiencia. El Ejército Revolucionario del Pueblo, uno de los principales grupos guerrilleros argentinos entre 1966 y 1976 –además de que varios de sus militantes habían leído obras como *La Era de la revolución* y *Revolucionarios*– reivindicó el bandolerismo social al que veía como antecedente de la guerrilla y amplió su caracterización del sujeto social revolucionario argentino para incorporar a lo que denominó “los pobres del campo y de la ciudad”; claramente unos “rebeldes primitivos”. Fue en *Rebeldes primitivos* y en *Bandidos* que estos militantes encontraron el sustento histórico de su caracterización.

Esta abierta politización es muy distinta a la postura objetivista, tan de moda en la actualidad, que encubre una politización de derecha. En particular porque la politización en la historia de Hobsbawm enriquece su historiografía a partir de una participación activa y positiva. Como señaló hace ya muchos años “el convertirse en revolucionario [...] implica también alguna esperanza. [...] No hacíamos más que optar por un futuro, en lugar de resignarnos a no tener ningún futuro, y eso significaba la revolución.”¹² Esto le permite, desde su profesión de intelectual comprometido, criticar con autoridad por igual al stalinismo (“esa hipertrofia del estado dictatorial burocratizado”) y a Hannah Arendt (“cierto matiz metafísico y normativo de su pensamiento que se compagina bien con un idealismo filosófico anticuado y a veces plenamente explícito”).¹³ Y también le permite utilizar la historia social para estudiar y analizar fenómenos relevantes de la época como el tema de la guerrilla. Esto último es sumamente interesante puesto que Hobsbawm analiza tempranamente la Guerra de Vietnam llegando a conclusiones que se comprobarían acertadas en la década siguiente.¹⁴

En sus últimas obras Hobsbawm acusa el impacto de la caída de la Unión Soviética y en eso se distancia de su trayectoria anterior. Tanto la *Historia del Siglo XX* como su autobiografía distan mucho de la calidad y profundidad de sus obras anteriores. Antes de entrar en una breve crítica quiero dejar en claro que, en mi opinión, lo peor de Hobsbawm sigue siendo muy bueno. Sin embargo, al considerar una trayectoria debemos también poder comparar los distintos momentos de ésta. Así, *Años interesantes, una vida en el siglo XX*, su autobiografía, parece tres libros distintos. Por un lado está la juventud de Hobsbawm. Esta parte es apasionada, humana y sobre todo profunda y sugerente para el historiador social. En la misma se presentan múltiples causas que explican no sólo su propia trayectoria sino el surgimiento de toda una generación de intelectuales comprometidos con la revolución social. Quizás lo más interesante es cómo, en esta parte, emerge una imagen rica y compleja de los motivos para la politización de un intelectual. Estos combinan características personales, con experiencia de vida, con la coyuntura histórica y, en este caso, con la fuerza ideológica explicativa del marxismo.

11 Thane and Lunbeck, *op. cit.*, p. 33.

12 Eric Hobsbawm. “Los intelectuales y la lucha de clases”. Eric Hobsbawm. *Revolucionarios*. Barcelona: Editorial Ariel, 1978. Págs. 351 y 355.

13 Hobsbawm. *Revolucionarios*, *op. cit.*, 125, 285.

14 Véase Eric Hobsbawm. “Vietnam y la dinámica de la guerra de guerrillas”. En *Revolucionarios*, *op. cit.* Este artículo se publicó originalmente en 1965 antes de la invasión norteamericana a Vietnam del Sur.

En cambio la segunda parte, donde lidia con su militancia comunista, si bien es interesante, tiende más a tomar distancia de su militancia sin explicar cuál fue su proceso interior, cómo eso incidió en su historiografía, o inclusive cómo esto se articuló con su labor de intelectual. Por ejemplo, el Vigésimo Congreso del PCUS comenzó el proceso de destalinización en el movimiento comunista internacional. Un resultado del mismo fue que Hobsbawm fue el único de los historiadores marxistas ingleses que quedó dentro del Partido Comunista de Gran Bretaña. Esto debió haber sido una decisión durísima que incluyó la ruptura de amistades con compañeros de décadas. Al mismo tiempo, esta decisión debe haber tenido algún impacto sobre su labor de intelectual. Sin embargo, el agudo historiador dice muy poco al respecto. Claramente, lo que emerge en obras posteriores a la ruptura, como *Revolucionarios*, es que Hobsbawm en el PCGB retuvo una pasión y una dignidad como intelectual militante que merecen el respeto de cualquiera, aún de aquellos marxistas que no compartieron su decisión o que aún hoy no comparten su visión del PC como un partido revolucionario. Pero esto no quita que el vacío sea flagrante y que lleve a una decepción. Más aun, la autobiografía contrasta con la entrevista realizada por Thane y Lunbeck citada más arriba. En la entrevista se muestra comprensivo y hasta se puede entender que reivindica a la nueva izquierda de la década de 1960 y la guerrilla latinoamericana. Pero en la autobiografía tilda a la nueva izquierda de ser “insignificante”¹⁵ olvidando que ese movimiento fue crítico para el triunfo de la revolución vietnamita, como él mismo señaló en 1965. Asimismo, el autor de *Rebeldes Primitivos*, obra que revela una profunda y fina comprensión de la Violencia colombiana y de la guerrilla campesina del valle de La Convención y Lares en Perú, acusa a los revolucionarios latinoamericanos de la década de 1960 de tener “absurdos sueños guerrilleros de inspiración cubana” [...] “en una época en que el sueño suicida del Che [...] seguía estando muy vivo”.¹⁶ Inclusive llega al punto de plantear que no podía menos que pensar que Sendero Luminoso (“el invento de un profesor maoísta marginal”) merecía ser aplastado por el gobierno represor de Alberto Fujimori.¹⁷ Debería quedar claro que nadie espera que Hobsbawm piense lo mismo en 1965 que en 2000, ni tampoco que simpatice con Sendero. Sin embargo, sus afirmaciones y posturas políticas en la autobiografía representan un quiebre con el cuidadoso análisis crítico que él mismo hizo de las insurrecciones comunistas de la década de 1920.¹⁸

La tercera parte de la autobiografía es quizás la más decepcionante. Al decir de Perry Anderson, ésta es un recorrido convencional en torno a su desempeño profesional, haciendo énfasis en las relaciones y los conocidos “importantes”.¹⁹ Inclusive, Anderson señala correctamente que en esta parte Hobsbawm muestra una deferencia hacia Fernand Braudel y los *Annales* (“el imperio académico de Braudel”, dice Hobsbawm en la página 303) que refleja poco de la realidad de su medio siglo como historiador. Tanto la influencia como la originalidad de los aportes de Hobsbawm son tan grandes, o quizás aun mayores, que los de Braudel como debería quedar claro si revisamos sus ensayos historiográficos recopilados en el libro *Sobre la historia*.²⁰ Inclusive en esta parte de su autobiografía sorprenden las distancias con la primera. En aquella demostraba una finísima comprensión del mundo de los intelectuales marxistas, y en especial de los marxistas ingleses. En cambio, como una vez más señala Perry Anderson, más adelante califica al gran historiador inglés Raphael Samuel como “una figura vagabunda”²¹ mientras acusa a E. P. Thompson de “perder el tiempo con una ‘criminal’ diversión de energías en disputas teóricas en vez de en investigación empírica”.²² Por último, llaman la atención algunos juicios históricos que son, por lo menos, apresurados como cuando señala que “el índice verdaderamente significativo de la historia de la segunda mitad del siglo XX no es la ideología ni el movimiento estudiantil, sino el auge de los pantalones

15 Eric Hobsbawm. *Años interesantes, una vida en el siglo XX*. Barcelona: Editorial Crítica, 2002; p. 199.

16 *Años interesantes*, op. cit.; 345.

17 *Años interesantes*, op. cit.; 346-347. Allí plantea que era “una causa que no merecía triunfar”.

18 Véase por ejemplo: Eric Hobsbawm, “Confrontación con la derrota: el partido Comunista Alemán”. En *Revolucionarios*, op. cit.

19 Perry Anderson. “The Age of E.J.H.”. *London Review of Books*, vol. 24, num. 19, 3 October 2002; p. 7.

20 Eric Hobsbawm. *Sobre la historia*. Barcelona: Editorial Crítica, 2002.

21 *Años interesantes*, op. cit.; 200.

22 Anderson, op. cit., 6. Hace referencia a *Años interesantes*, op. cit., 202.

Artigos

vaqueros".²³ O cuando señala que "resulta sorprendente la poca influencia que [la *Guerra Fría*] ejerció en el ámbito de la historiografía".²⁴

Por su parte la *Historia del siglo XX* es la contrapartida de la autobiografía en obra histórica. Por un lado mantiene el oficio, la erudición, y la accesibilidad de lenguaje de sus obras anteriores. De hecho, esta obra inteligente tiene una gran virtud: la de regresar a los historiadores a la discusión del tiempo histórico versus el tiempo cronológico. Así el gran siglo "corto", que comienza con la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa y termina con el colapso de la Unión Soviética, retoma una discusión importantísima en torno a cómo periodizamos la historia. Al mismo tiempo, no puedo más que pensar que Hobsbawm retiene elementos del militante comunista que lo marcó durante décadas. Al fin y al cabo, ¿por qué pensar que la Revolución Rusa es el primer evento de un corto siglo XX y no el último de un largo siglo XIX que comienza con la Revolución francesa? Yo comparto la visión de Hobsbawm, pero no puedo ignorar que la Revolución Rusa fue la última de las revoluciones insurreccionales y opino que su característica central, lo que la hace parte del siglo XX, reside en su carácter bolchevique y socialista. Sin embargo, y a pesar de ese casi escondido tributo a la importancia histórica del leninismo, Hobsbawm no puede menos que acusar el golpe de la caída de la URSS. En un destello de la frustración de sus esperanzas no puede más que decir que "una de las ironías que nos depara este extraño siglo es que el resultado más perdurable de la revolución de octubre, cuyo objetivo era acabar con el capitalismo a escala planetaria, fuera el de haber salvado a su enemigo acérrimo, tanto en la guerra como en la paz, al proporcionarle el incentivo para reformarse desde adentro [...]".²⁵ Por otro lado, y a diferencia de sus obras anteriores, como *La era de las revoluciones*, esta última parece ignorar la riquísima historiografía y los debates en torno a cuestiones como el fascismo, la Guerra Fría o lo que él denomina "el final del socialismo". Por ejemplo, señala que el apoyo de masas del fascismo se debió "a una masa de ciudadanos desencantados y descontentos que no supieran en quién confiar" y "el fascismo no habría alcanzado un puesto relevante en la historia universal de no haberse producido la Gran Depresión."²⁶ En el primer caso parece ignorar desde los debates inspirados por Gramsci y Trotsky hasta los estudios históricos de Tim Mason, Adrian Lyttleton e Ian Kershaw (si bien hay una pasajera cita a este último historiador de moda). En el segundo parece descartar totalmente la finura de sus análisis, por ejemplo, sobre la revolución francesa o sobre el nacionalismo de Boulanger. ¿Si la Gran Depresión es lo principal que le dio al fascismo la razón de ser en la historia mundial, cómo explicamos que este movimiento no tuviera relevancia en dos de los grandes países capitalistas de la época: Estados Unidos y Gran Bretaña? No es mi intención minimizar la *Historia del siglo XX*. Por el contrario, creo que es una gran obra de síntesis y que plantea algunas cosas muy importantes. Pero también creo que es una obra que marca distancias con el conjunto de la historiografía de Hobsbawm y que adolece de las presiones y contradicciones que siente todo historiador marxista ante el derrumbe de las esperanzas de una vida. Si bien esta sigue siendo una obra de un gran historiador, prefiero al Hobsbawm de las décadas anteriores, aquel que inspiró a generaciones enteras a involucrarse en una "historia militante".

Para concluir quiero cerrar con una cita del propio Hobsbawm que, creo, sintetiza su perspectiva, su aporte y sobre todo su obra como inspiración de historiadores. En la entrevista realizada por Thane y Lunbeck, Hobsbawm explicaba:

"Lo que ha estado ocurriendo desde principios de la década de 1950 ha sido, en cierta forma, mucho más revolucionario que lo que ocurrió en los comienzos de la industrialización en cuanto a que la penetración del

23 *Años interesantes*, op. cit.; 244.

24 *Ibid.*, 268.

25 Eric Hobsbawm. *Historia del Siglo XX*. Buenos Aires: Editorial Crítica, 1998; p. 17.

26 *Ibid.*, 133 y 136.

capitalismo es más global y más profunda, y que ha transformado la estructura social preexistente mucho más de lo que fue capaz de hacer hace cien años. En consecuencia, decir que sigue siendo el mismo capitalismo – o sea, que lo que se dijo hace cien años sigue siendo verdad – no es suficiente. Una sociedad como la nuestra en la cual el campesinado está, de hecho, desapareciendo es muy diferente de una sociedad de hace cien años en la cual el campesinado no solo no estaba desapareciendo sino que sorprendentemente se lograba mantener mientras era integrado al capitalismo. Ahora, todas estas cosas requieren de perspectiva histórica que es esencialmente la capacidad de ver cómo una sociedad cambia y cuándo las cosas son distintas y cuándo son iguales. Esta es una de las principales razones, una razón práctica, del por qué uno debe ser marxista. Es la forma de hacerse ese tipo de preguntas.²⁷

27 Thane and Lunbeck, *op. cit.*, 43.